

ELEMENTOS FUNDAMENTALES DE LA FORMACION LITURGICA*

Introducción:

- a) La perspectiva bíblico-litúrgica de la presencia eucarística y, de modo más general, de la misa.
- b) El problema de la adaptación litúrgica. Le acecha el peligro de superficialidad.

I. *La misa es un todo, una síntesis:*

- No se la capta sin espiritualidad bíblica, concretamente plasmada en la relación de la Palabra con el Sacrificio.
- Aplicación catequística:
Las «partes» de la misa con visión sintética:
 - a) Error pedagógico. Desenfoque teológico.
 - b) Ejemplos de presentación correcta.

II. *La misa abarca el acto litúrgico estrictamente dicho.*

Tiene las siguientes características:

1. Es acción; no especulación. Consecuencias catequísticas.
2. Acción estructurada jerárquicamente:
 - Sacerdote celebrante: su función exacta.
 - Pueblo de Dios o asamblea:
 - . A los que creen les anuncia vivamente el misterio de su fe.
 - . A los que no creen les inquieta.
3. Acción teocéntrica. Aplicaciones catequísticas.
4. Acción en dos etapas: Palabra y Sacrificio-sacramental.
5. Acción histórica. Aplicación catequística.

III. *La misa se extiende a toda la vida humana y religiosa del hombre.*

1. Ir «abierto» a misa. Así se captan los signos de la comunidad cristiana.
2. La Palabra de Dios (Catequesis) nos abre al misterio. Contenido bíblico de la formación y piedad.
3. La educación es el umbral de los sacramentos. Es ministerio indirectamente sacramental.

IV. *Conclusiones:*

1. Preparación de todo el hombre.
2. Misa = centro conceptual (a) y existencial (b) de la educación. Aplicaciones catequísticas (c).

* El autor expuso las ideas fundamentales de este artículo en una conferencia pronunciada durante el Congreso Eucarístico de Zaragoza, septiembre de 1961.

INTRODUCCIÓN

Como elemento previo de primerísima importancia cuando se trata de cualquier acción pastoral en torno a la Santa Misa, hay que considerar el siguiente: la necesidad de que los educadores puntualicen con exactitud el contenido que atribuyen a la noción de «presencia» de Cristo en el Sacramento eucarístico.

Este concepto, así como el de primera comunión, tal como la ha entendido a menudo la pastoral de los últimos tiempos, está sujeto a revisión, no en nombre de «novedades», como algunos piensan, sino por fidelidad a la Tradición de la Iglesia.

En efecto, la presencia del Señor en la Eucaristía, venerada con ocasión de las bendiciones del Santísimo, primera comunión, comunión de cada día o cada domingo y, hablando de manera más general, la comunión en la Misa, hay que considerarla con un punto de mira o perspectiva de síntesis. Es decir, la presencia del Señor eucarístico no es realidad puramente estática. No basta pararse en ella sola. Tampoco basta limitarse, respecto de ella, a transportes espirituales más o menos psicológicos, personales y relativos al solo presente. Es ésa nuestra actitud cuando nos cruzamos en la vida con personajes desconocidos, de quienes ignoramos las dimensiones históricas, los misterios de su pasado que dan densidad a su existencia de hoy. La presencia eucarística del Señor es un requisito previo a la consideración de toda la historia de la salvación. Esta es a un tiempo bíblica, temporal, eclesial o comunitaria¹.

Dicha historia se fue realizando en sucesivos acercamientos de Dios al mundo, a la Iglesia, y se inserta y trasunta en acontecimientos, al parecer vulgares, de la historia humana.

Hay que pensar la noción de Eucaristía con esta perspectiva, más armoniosa y completa que la que ofrecen algunos libros conocidos de catecismo y los de pastoral que han formado, bastante unilateralmente por cierto, a buena parte de los sujetos de casas religiosas de formación y seminarios.

Precisamente el movimiento litúrgico —ese fenómeno tan sugestivo de los tiempos contemporáneos que algunos miran con cierta

¹ Cfr. Oscar CULLMANN, *Christ et le temps. Temps et Histoire dans le christianisme primitif*, Delachaux et Niestlé, Neuchâtel, Paris, 1957.

desconfianza porque, a nuestro entender, no se han introducido en su medula, o porque no han llegado a asimilar profundamente el Cristianismo— está produciendo como efecto el situar la presencia eucarística en una perspectiva de síntesis. Con ella, la Eucaristía nos aparece como el punto de llegada, el cenit, la cumbre de toda una misteriosa escalada de «pasos» de Dios (la Pascua es el «Paso» del Señor) hacia el hombre: todas aquellas revelaciones de Dios en el Antiguo Testamento, su inserción en los acontecimientos de nuestros antepasados en la fe, su presencia e iniciativa en el Mar Rojo y en la marcha hacia la tierra prometida, los exilios del Pueblo de Dios..., todos estos acontecimientos son «pasos» o actos de Dios que prefigurán, bosquejan, diseñan, trenzan y van dando como por entregas la urdimbre y realidad sintética que los contiene trascendiéndolos: la Misa.

El movimiento litúrgico insiste, cada día más, en la dimensión histórico-bíblica, litúrgica, eclesial de la Misa. Nos invita, en consecuencia, a ir liquidando todos esos comportamientos espirituales que se revelan en ciertas formas de piedad, tales como la sensiblería, el ir a misa sólo para comulgar, el olvido práctico por parte de sacerdotes y fieles, de los demás asistentes a misa, la minimización de la primera parte de la Misa que nos predica, en solemne anuncio, el misterio eucarístico que se realiza en el canon y el alcance histórico-salvífico de la presencia sacramental del Señor.

Ese dualismo entre una piedad, hecha a nuestro modo, y la piedad que sigue de cerca la Palabra de Dios, inspirándose en ella, fue fenómeno desconocido en los primeros siglos de la Iglesia². No ve uno, en efecto, qué sentido tiene el elevarse el cristiano a Dios —es la piedad—, si antes no ha oído qué piensa Dios de la historia, qué ha dicho y hecho el Señor en ella. Todo esto lo transmite precisamente la Palabra de Dios.

No que se haya de despreciar la piedad subjetiva —lo dijo oportunamente Pío XII en la «*Mediator Dei*»—, sino que se la ha de adornar con cualidades de que a menudo carece. Ha de ser bíblica, litúrgica, eclesial, histórica o con movimiento interior hacia los problemas de la sociedad que hoy el Padre de familia nos ha encargado de mejorar.

En este arduo problema de captación de toda la realidad del actual movimiento litúrgico existe *verdadero peligro*. Es el tomar de

² Cfr. Louis BOUYER, *La vie de la liturgie*, Cerf, Paris, 1956, cap. XVIII.

él su apariencia fenomenológica, exterior; el fijarse solo en aspectos prácticos, en su productividad inmediata, aunque sea ésta espiritual, sin calar en lo hondo de las realidades subyacentes. Son éstas las fundamentales. Sería como apreciar de una máquina —avión, barco, reloj— solo la chatarra externa, tan hermosamente presentada, sin admirar ese milagro del pensamiento humano, los motores y maquinaria, que permiten moverse al aparato externo.

Esa superficialidad trae como consecuencia el preocuparse en exceso de los *métodos de última hora*, olvidando el espíritu que los anima; impulsa a copiar ciertas formas no digo extranjeras, pero sí iniciadas en el extranjero, sin tener en cuenta que precisamente allende nuestras fronteras se trabaja paralelamente en el campo del pensamiento y espiritualidad litúrgicos³. Este trabajo de reflexión hace «pensar» los métodos e infunde vigor a un cuerpo que, de otro modo, quedaría muerto por carecer de alma.

Otra de las consecuencias consiste en desplazar objetos del templo, prácticas religiosas, modos de comportarse en el culto divino —por ejemplo, las formas de asistir o, mejor, de «distraerse» en misa— sin reemplazarlos por otros más perfectos⁴.

Este peligro es tanto más inminente cuanto que muchos responsables de la pastoral litúrgica —sacerdotes o educadores— juntan la

³ Cfr. la segunda parte del libro de Romano GUARDINI, *El movimiento litúrgico*, Colección «Punto y aparte», ensayos ppc, Madrid, 1960. Esta segunda parte se debe a Carlos CASTRO. Es apéndice para españoles.

⁴ Aquí vendría reflexionar sobre el problema de la renovación en el arte religioso. Por tratarse de «signos» religiosos requiere ante todo crear un talante o sensibilidad religiosa sin la cual los «signos» no «significan» y pueden incluso dañar a los no iniciados. A título de ejemplo, los dos siguientes: recuerdo la impresión desagradable que nos produjo aquel joven párroco de una ciudad obrera relativamente crecida. Renueva la estructura de su iglesia, pica las paredes para que reaparezca la piedra natural primitiva en todo su realismo, hace desaparecer buen número de estatuas, simplifica el altar... Junto a este trabajo no aprecia el de las «personas». La dimensión de la Palabra de Dios en la predicación, liturgia y catequesis faltaba en absoluto. De igual modo la administración de los sacramentos carecía de la preocupación por un trabajo pastoral personal, es decir, que llegue directamente y despierte la intencionalidad de la persona que los recibe.

Del celoso párroco de una de las parroquias más trabajadas litúrgicamente en España hemos oído la siguiente reflexión: «Se observa en la psicología y sensibilidad de mi pueblo, a un nivel más profundo que el de las nuevas formas o prácticas, realizadas impecablemente, *propensión irresistible* a volver a las antiguas costumbres; éstas fueron en su tiempo, sin duda, menos correctas, pero formaron más cuerpo, en la interioridad de los fieles, que las nuevas formas». Buena parte de la causa estriba en lo *exótico e incomprensible* de unos ritos y lengua extraños. Culpa mayor reside en la ausencia verdadera pastoral de la Palabra de Dios, cuyo cometido consiste en «abrir» al hombre al misterio de los signos litúrgicos.

precipitación en el obrar con la ausencia de verdadero «pensamiento». ¡Y es necesario *pensar* la pastoral antes, durante y después de su realización!

Bien afirmadas estas ideas introductorias, meditemos ahora en la formación litúrgica de nuestra juventud en lo que respecta a la Santa Misa.

Asentamos como principio básico, que desarrollamos en seguida, los conceptos siguientes:

I. *Axioma importantísimo de la educación litúrgica: considerar y exponer la Misa como un todo o síntesis.*

II. *La Misa abarca, estrictamente hablando, solo el acto litúrgico.*

III. *La pastoral la sitúa, en cuanto a sus influencias y repercusiones, en la zona de toda la vida humana, escolar y religiosa del joven.*

I.—LA MISA ES UN TODO O SÍNTESIS

La misa no es —permítasenos la comparación— como esos actos profundamente vitales (comida, actos familiares, juegos, correspondencia de amigos, entrega absoluta a determinados trabajos o personas) a los cuales se da plenamente el hombre, y que, aun volcando en ellos toda la personalidad y existencia, no guardan relación con un tiempo y actos históricamente precedentes y que fueron su pre-realización.

La misa, por el contrario, actúa todo el misterio de la salvación. Es éste, precisamente, *misterio histórico*.

Es el «misterio» por excelencia, no en el sentido de nuestros catecismos tradicionales que consideran solamente el aspecto de inteligibilidad de los misterios, sino en sentido paulino, es decir, todo el plan histórico de Dios, actualizado hoy mientras dura el tiempo de nuestra existencia ⁵.

Es, por tanto, imposible dar formación cristiana y sólida a nuestra juventud si no la imbuimos de *mentalidad y, sobre todo, de espiritualidad bíblicas*.

⁵ Cfr. Oscar CULLMANN, *Op. cit.*—Jean DANIELOU, *El Misterio de la Historia*, Dinor, San Sebastián, 1957.

Concretamente, en lo que se refiere al acto mismo de la Misa, es imposible que capten toda su densidad si no la ven como una especie de flujo y reflujo o interacción recíproca entre la Palabra de Dios, especialmente evidente en la primera parte de la Misa, y la acción plenaria de Dios, el sacrificio redentor, que se actualiza y entrega más plenamente en la segunda; como un poema en que el tema fundamental se dice o expresa de un modo en la primera parte, y de otro, más consumado, más cabal, en la segunda.

De ahí que actualmente se hable tan atinadamente del Banquete de la Palabra, como análogo, simétrico, al mismo tiempo que complementario, del convite que sigue al sacrificio. Mientras no entendamos ni realicemos con la mayor vitalidad toda la parte profética, o de Palabra, de la Misa, no podremos asimilar perfectamente la liturgia sacrificial ⁶.

Aplicación catequística concreta es la siguiente: no explicamos bien la Misa, mientras nos contentemos con exponer sus partes, una tras otra.

Es el defecto principal de la mayor parte de los libros que, con finalidad catequística, exponen la Misa. Se extienden de tal modo en sus partes que dejan la impresión de que la Misa viene a ser un conjunto de escenas que se van sucediendo sin vínculo interno entre sí.

Se incurre así en dos desviaciones. La primera es *error pedagógico*. Consiste en la dispersión psicológica y fatiga mental producida en el espíritu del muchacho o fiel que quiere seguir intensamente esas partes. *Desenfoque teológico*, en segundo lugar. Proviene de que prácticamente se concede la misma o parecida importancia a cada parte. Es anormal. En efecto, ciertas partes apenas esconden trascendencia alguna; otras son fundamentales, aun cuando sean de menor duración que aquéllas.

Tenemos el caso del *Unde et memores, per Ipsum y elevación menor*. Son más importantes que el ofertorio o el lavabo, si bien se esfuman rápidamente en el rito de la Misa.

⁶ Piensa GUARDINI que las disposiciones de San Pío X sobre la pastoral de la Eucaristía no han producido todo su efecto porque a la restauración de la comunión frecuente no ha acompañado una labor paralela de pastoral de la Liturgia entera. Esta asigna a la comunión sus verdaderas dimensiones (Romano GUARDINI, *El espíritu de la Liturgia*, Araluce, Barcelona, 1946. p. 60).

Los libros de Teología Pastoral de la Misa, de principios de siglo hasta los últimos tiempos, adolecieron de este defecto.

Libros excelentes son los de Roguet⁷ y Martimort⁸. Nosotros mismos hemos escrito una obra en que hemos procurado explicar la Misa con perspectiva sintética⁹.

Es necesario, pues, exponerla de tal modo que unas partes se iluminen por las demás. O, si se quiere, hay que presentar una unidad o gran centro, la acción redentora de Cristo. Y esa única acción iluminándose, completándose y dándose en diversos modos en las diferentes partes de la Misa. Así, verbigracia:

— La *Palabra de Dios* será el anuncio salvífico, cada domingo, según vertientes diferentes, del único misterio redentor.

— La *Homilía* es como el pregón oficial que proclama la Iglesia sacerdotal y jerárquica del sacrificio salvador inminente.

— El *Ofertorio* es el sacrificio en su preparación¹⁰. La donación del hombre en el ofertorio no tiene el sentido antropocéntrico que a veces se le atribuye. Es, al contrario, el signo expresado gráficamente de la vinculación de la humanidad con la obra de Cristo. Se llevan al altar las ofrendas que originariamente procedieron de Dios y que, por haberlas elaborado y transformado los afanes del hombre, expresan la correspondencia humana a la acción de Dios. Es, si se quiere más profundamente, la expresión litúrgica de la ley de la Encarnación: Dios se hace hombre y se nos da sirviéndose de mediaciones o elementos humanos.

El ofertorio posee así, como se ve, estructuración profundamente *teocéntrica*¹¹.

— La *Comunión* no es tanto la fruición espiritual individualista cuanto la máxima participación de la asamblea en el Banquete de todos, el banquete del sacrificio de Cristo¹².

⁷ A.-M. ROGUET, O. P., *La Misa. Aproximación al misterio*, Estela, Barcelona, 1960, 161 p.

⁸ Aimé Georges MARTIMORT, *Los signos de la Nueva Alianza*, Sígueme, Salamanca, 1961, 468 p.

⁹ P. D. RODRÍGUEZ MEDINA, F. S. C., *Introducción a la Teología Pastoral de la Misa*, Colección «Sinite», Salamanca, Tejares, 142 p.

¹⁰ Bernard CAPELLE, O. S. B., *Para comprender mejor la Santa Misa*, Verbo Divino, Estella, p. 49s.

¹¹ ROGUET, *Op. cit.*, p. 54-57.

¹² Por lo que respecta a la repercusión de estas ideas en la pastoral litúrgica de la comunión, es claro que hay que evitar esos gestos forzados y contrahechos que usan a menudo muchos fieles cuando se acercan a comungar o se retiran de la Mesa sagrada. El respeto al Señor eucarístico se compagina perfectamente con la actitud de pie, el uso de los medios necesarios para el canto, oraciones, diálogos, etc. Es señal de inmadurez litúrgica entrar en todo esto motivos de distracción.

El contenido eclesial y comunitario se expresa en los cantos, movimientos o actitudes corporales uniformes propios de toda asamblea.

II.—LA MISA ABARCA, ESTRICTAMENTE, SOLO EL ACTO LITÚRGICO

Queremos afirmar simplemente que la Misa es el acto litúrgico, en sus limitaciones concretas de espacio y de tiempo: aquella acción a la que asistimos cada domingo formando parte del Pueblo de Dios.

¿Cuáles son sus características peculiares?

1. La Misa es, fundamentalmente, ACCIÓN; NO ESPECULACIÓN. La acción, por su propia naturaleza, supone la enfeudación o inserción de la persona entera, con su cuerpo y con su alma, en una actividad concreta. Es, pues, existencial. Es tanto más acción cuanto más intensamente se vibra en ella.

Es acción, en primer lugar, de *Cristo*. Es su acción por excelencia. En efecto, resume y reasume el Misterio de la Salvación.

No es, como dijimos, la simple presencia, en cierto modo pasiva, del Señor, sino la presencia del misterio pascual. Es decir, el Dios que «pasa» para salvarnos ¹³.

No es ni siquiera contemplación, como lo es la meditación y la simple oración personal.

El pensamiento de Guardini: «Muchos cristianos no han llegado a captar todo el realismo de la Misa porque nunca la han visto realizada con verdadera intensidad», tiene graves consecuencias en educación. En efecto, por tratarse de acción, todas nuestras explicaciones escolares resultan inútiles y acaso perjudiciales, si nuestros jóvenes no la viven ni la ven vivir, como se vive toda acción verdadera, realizada en medio de una comunidad fervientemente celebrante.

Este carácter de acción es de orden, sobre todo, *espiritual*. Su naturaleza exige que el hombre entero se polarice en torno a la acción trascendental de Cristo.

¹³ Cfr. P. D. RODRÍGUEZ MEDINA, *Op. cit.*, cap. I-ID., *La liturgia como fuente de unidad en la Iglesia*, «Sinite», II (1961) p. 163s y 325s.

Como efecto místico y moral, toda Misa debe producir la *conversión* del individuo que a ella asiste y mayor adherencia a la Iglesia. La fe del cristiano que acaba de asistir a Misa debe ser fe más viva, más convertida, más interiorizada, más operante.

Por lo que respecta al papel del educador, exige esto toda una actividad pastoral litúrgica dirigida a conseguir que la juventud «entre de lleno» en la *acción pascual* de Cristo: testimonio de una comunidad viva, asamblea de profesores y educadores, actos realizados con perfección, recusación de ciertas formas barrocas de liturgia¹⁴ que no facilitan, sino más bien impiden, que la Palabra personal y concreta del Señor, con toda su vehemencia, se instale en los corazones, los interpele y los convierta: la gracia convierte al hombre sirviéndose de la percusión de la Palabra de Dios en boca de su ministro.

2. Es *acción estructurada jerárquicamente*. Es decir, en la Misa han de resaltar visible y exteriormente los dos elementos humanos de la celebración: el *sacerdote* y el *pueblo de Dios*.

a) En *primer lugar*, el *sacerdote*. Ha de ir recobrando conciencia de su papel de mediador entre Dios y el Pueblo. Se le exige, por ello, un conjunto de cualidades o requisitos que, desgraciadamente, descuidan no pocos celebrantes. Su misión de lectores o, mejor, de proclamadores de la Palabra de Dios, de predicadores de la verdad, de directores de la oración del pueblo cristiano, aparece en demasiados casos anulada o palidecida por formas de celebrar que acusan egoísmo espiritual, individualismo, anarquía, descuido de sincronización con el ritmo espiritual y corporal de la oración del pueblo asistente. Falta el sentido completo de la Iglesia. No lo ha dado suficientemente el tratado de «Ecclesia» que buena parte del clero ha asimilado en sus años de formación.

El celebrante tiene que ser el heraldo que con su oración, sus gestos, sus palabras..., anuncia la venida y la presencia del Príncipe Salvador.

De ese modo, su sola actitud es toda ella Catequesis y proclamación de la verdad.

Solamente actuando de manera auténtica su función de director es eficiente y fecunda la labor catequística relativa a la función y significado del sacerdote en la Misa. Esta catequesis suele quedar inefi-

¹⁴ J. RODRÍGUEZ MEDINA, F. S. C.; *La Misa, escuela de la vida cristiana*. «Educadores», núm. 4, p. 557s

caz porque con la enseñanza conceptual o doctrinal no forma cuerpo la actuación existencial y la práctica.

Y es que, entendámoslo o no, el Cristianismo no se define propiamente como doctrina o ideología que queda en el cerebro o en los libros, desvinculada de personas determinadas, divinas o humanas, sino como acción personal. Solo en la acción se entiende y se capta, con profundidad, el Cristianismo.

b) En *segundo lugar*, el *Pueblo de Dios o Asamblea*. Es elemento integrante de la Misa. Debe aparecer como tal en el acto litúrgico. Es precisamente el momento cumbre en el que Dios se le revela y le salva. Debe, pues, entrar en la acción, responder e intervenir, como intervenía continuamente en la tragedia griega por medio del «Coro».

Hoy se siente con más intensidad quizá que en otros tiempos la necesidad de que, al menos en Misa, el Pueblo de Dios aparezca como actor y como tal Pueblo.

Para los que creen, la asamblea unida en torno al sacerdote es el signo convincente y dinámico que les anuncia, cada vez con tonalidades diferentes, lo esencial del misterio cristiano.

Se sitúan así nuestros cristianos de manera discretamente violenta ante el problema de la ininterrumpida renovación de su fe. Cuando se concibe la fe, no tanto como realidad pasiva, obtenida de una vez para siempre, cuanto como historia, esto es, como proceso constante hacia la superación, se comprende hasta la evidencia cuán necesario es que en Misa, al menos en la dominical, se den al Pueblo todas las ocasiones posibles de reactualizar y revivir plenamente su fe, como revivimos y derramamos cada día en breves horas, preñadas de intencionalidad, la trayectoria de una existencia cuya complicada gestación nos ha hecho lo que hoy somos.

Hay motivos para temblar cuando se ve asistir a misa a esas asambleas moribundas, mudas, anárquicas, individualistas, en que no existen signos reveladores de verdadera «re-uniión» cristiana, ya en el sacerdote, ya en el pueblo.

Catequísticamente hablando, este problema coloca sobre el tapete, para nuestra meditación, la necesidad de emplear todos los medios apostólicos, catequísticos, artísticos, afectivos, técnicos, aptos para conseguir asambleas que, incluso externamente, aparezcan como Pueblo de Dios. No pueden resignarse los educadores y aceptar que las

cosas queden como están. No se soporta una competición deportiva o situaciones familiares, económicas... en estado lamentable como nos resignamos en la Misa. Nos falta fe viva y actuante.

Hay que emplear el canto, las palabras, las lecturas, comentarios o moniciones, catequesis previa, concierto del celebrante con el pueblo, el espectáculo de la comunidad de maestros que vibren al unísono, mezclados con sus alumnos, el testimonio de las intenciones expresadas incluso externamente, los movimientos, procesiones, el ritmo perfectamente sincronizado de las voces..., para que el Pueblo de Dios aparezca como tal y, sobre todo, para que en verdad lo sea; es decir, para que llegue a la intensidad de Pueblo de Dios, a la cual Dios le llama por su Palabra.

Para los que no creen o tienen fe deficiente, el signo de la asamblea vibrante es testimonio de credibilidad, signo de fe viva que arroja inquietud sobre la tragedia de la fe debilitada de tantos cristianos.

Es gráfico el caso que cuenta Martín Descalzo. Un católico español quiere convertir a un protestante. Para mostrarle visiblemente el espectáculo de la Iglesia católica, le invita a la misa dominical. «Basta haber asistido a ella —replica el protestante a la salida de misa— para no convertirme.» Los comentarios sobran.

Es alarmante que los hombres de Occidente se codeen con la Iglesia católica sin recibir el impacto inquietante de un catolicismo vivo. La Iglesia aparece como sociedad de hombres cansados de su religión¹⁵.

3. Es acción fundamentalmente *teocéntrica*. Toda la asamblea debe girar en torno al Misterio del Dios que la salva. Esta perspectiva, en que se da a Dios la iniciativa, debe primar sobre las perspectivas antropocéntricas.

Con lo cual ya se dice que el *canon*, tanto en el contenido catequístico que se imparte en las moniciones como en la educación escolar, debe constituir el centro de interés; no tanto otros momentos, ni siquiera la comunión. Aquí no nos referimos al texto literal, en algunas oraciones bastante enrevesado, cuanto al pensamiento que domina el canon: Redención del mundo, Iglesia de la Alianza, ofe-
ferente en sus tres estados: purgante, militante, triunfante; «me-

¹⁵ Cfr. E. H. SCHILLEBEEKX, *Le Christ, sacrement de la rencontre de Dieu*, Cerf, París, 1960, cap. VI.

moria» del misterio pascual, movimiento ascensional eucarístico o de alabanza ¹⁶.

De hecho, si nos introduyéramos en la interioridad de muchos asistentes a Misa, descubriríamos que la toman como *preparación para comulgar*. No conceden suficiente intencionalidad a la obra del Señor, al sacrificio redentor de Cristo.

Es necesario operar todo un cambio en la sicología religiosa y en la espiritualidad. La audición de la Palabra de Dios no debe ser sola ni principalmente para «mejorarnos» —sería perspectiva antropocéntrica—; el *ofertorio* no ha de ser primordialmente para presentar «nuestros» trabajos cuánto para retornar a Dios, redimida, pascual y gozosa la creación entera, todas las cosas de la tierra, incluidos nuestros trabajos terrenos y méritos personales; la *comunión* no es tanto para abismarnos solitarios y con gestos forzados y violentos en la contemplación personal del «divino Esposo» cuanto para participar más plenamente, en medio de la serenidad típica de la Liturgia, junto con la asamblea de los santos, en el misterio de la Consagración.

4. Es acción realizada en *dos etapas fundamentales: Palabra y Sacrificio-Sacramento*. Hay que superar la noción meramente instructiva que se suele dar a la Palabra para adentrarnos en el concepto de alimento y presencia espiritual eficaz de Cristo.

Actualmente, muchos exégetas se inclinan a interpretar en este sentido el capítulo VI de San Juan sobre el Pan de la Vida. Los versículos 35-47 hablan del Pan de Vida refiriéndose a la fe en la Palabra del Hijo de Dios. Es necesario que, por la Palabra, Dios establezca su morada en nosotros, como preparación a su habitación sacramental. Esta segunda forma de presencia queda expresada en la segunda parte del capítulo VI, versículos 51 a 58 ¹⁷.

¹⁶ Cfr. Jean RABAU, *La Messe*. Notes doctrinales, Editions centre diocésain de documentation, Tournai, 1959.

¹⁷ «La originalidad del capítulo VI de San Juan consiste en que el autor, sin confundir los dominios propios de la fe y de la Eucaristía, señala, con todo, claramente, entre ellos, continuidad psicológica. Esta está inscrita, para el lector atento, en el paralelismo de los dos desarrollos que les están consagrados. Espontáneamente, el que viene a Cristo por la fe participará después en la Eucaristía, porque encontrará en ella la plenitud y como la saciedad de su fe. En este sentido, y solamente en él, se puede decir que todo el discurso del Pan de Vida trata de la fe» (Louis VILLETTE, *Foi et Sacrement* (I), Bloud et Gay, 1959, p. 96). También es éste el sentido del pensamiento de San Agustín, *op. cit.*, p. 265s.

Este enfoque actual, más completo y armónico de la Palabra, relacionada con el Sacramento, está atribuyendo a la Palabra de Dios la vitalidad e importancia que en buena parte le ha negado la pastoral de los últimos tiempos.

5. *Acción histórica*.—En la Misa no basta limitarse a vibrar con la intensidad religiosa que nos produce, por ejemplo, la contemplación de un espectáculo de la naturaleza creada. Nos limitaríamos en la liturgia a simple religiosidad. Debemos, al contrario, englobarnos en el misterio de una *acción histórica*, es decir, reactualización agradecida —eucarística—, en nuestra vida personal, de todo el proceso de la Salvación realizado lentamente en el tiempo de la Historia bíblica. Fue ésta prefiguración de nuestra salvación, siguiendo el ritmo de las sucesivas aproximaciones de la Palabra de Dios en el Antiguo Testamento y realización de esa salvación en el Misterio Pascual de Cristo.

Los primeros cristianos atribuían singular importancia a los acontecimientos históricos únicos, de nuestra salvación, realizados una vez para siempre ¹⁸.

En consecuencia, los hechos históricos a que aluden los textos bíblico-litúrgicos de la Misa deben ser objeto de constante catequesis, si nos preocupa el que se asista a Misa con perspectiva y densidad. Objeto especial de dicha iniciación han de ser los misterios englobados en la Consagración y «Unde et Memores». Resumen todo el misterio redentor.

III.—LA PASTORAL DEBE SITUAR LA MISA, EN CUANTO A SUS INFLUENCIAS Y REPERCUSIONES, EN LA ZONA DE TODA LA VIDA HUMANA, ESCOLAR Y RELIGIOSA DEL JOVEN

Este capítulo lo exponemos con *tres ideas fundamentales*:

a) A Misa hay que ir «abierto», acogedor, con ánimo dispuesto, gozoso. Es decir, hay que asistir a ella con la interioridad del miembro de familia. Se le permite asistir a las reuniones íntimas porque está «iniciado» en el misterio familiar. En la Misa, en efecto, se nos revela todo un conjunto de signos. Son «significativos» sólo para

¹⁸ Cfr. Th. G. CHIFFLOT, O. P., *Approches d'une théologie de l'histoire*, Cerf, Paris, 1960, p. 22s, donde estudia el pensamiento de Oscar Cullmann.

quienes han descubierto previamente su significación. Esta se revela en la catequesis y espiritualidad litúrgicas previas.

Debiéramos sentirnos incómodos cuando vemos que nuestros cristianos —¡y cuántos!— asisten a Misa ajenos a toda esa cascada de signos que en ella se expresan. ¡Y no nos sentimos molestos! Hemos perdido el sentido de la Misa, y con él, el sentido apostólico, evangelizador, expansivo, de mensaje del Cristianismo.

En una familia o reunión de amigos no permitiríamos semejantes anomalías.

Los primeros cristianos comprendieron hondamente el problema. Ocultaban los «misterios» a los paganos. A los ya iniciados en parte, como eran los catecúmenos, solo les permitían asistir, también parcialmente, a la reunión familiar por excelencia.

b) Ahora bien, al cristiano se le «abre» sobre todo por el misterio de la *Palabra de Dios* en su forma catequística; se da ésta en parte en la acción litúrgica, y de modo más abundante, en la acción catequística previa. La Palabra de Dios, en su estadio catequístico, sitúa al cristiano en el marco de los sacramentos, les revela su densidad profunda, consiguiendo que sea para él mucho más que experiencia de «simple religiosidad».

Los educadores tendríamos que hacer objeto de nuestros estudios y meditaciones el adagio teológico siguiente: «Los sacramentos no operan sin la fe viva, y ésta no se tiene sin la Palabra de Dios.»

Con esta idea tiene íntima relación todo lo relativo a la formación bíblica y al contenido bíblico y litúrgico que deben impregnar la piedad de nuestros fieles. Habría que volver a pensar nuestras bendiciones, la piedad que infundimos a nuestros jóvenes, el contenido de los actos no litúrgicos: novenas, diversos actos de piedad, paraliturgias, reflexiones espirituales, reuniones de oración...

La explicación catequística que nos «abre» o dispone para la Misa debe ser fundamentalmente kerigmática, es decir, en ambiente de proclamación; por un anunciador que haya sido, él mismo, arrebatado por la Palabra de Dios; ha de tener intensidad convertiva.

A esta exposición así entendida se opone la explicación puramente conceptual y abstracta de los misterios que en la Misa se realizan ¹⁹.

¹⁹ «El objeto de la fe no es, en primer lugar, cierto número de verdades, sino la Verdad subsistente, personal, de quien esas verdades toman su valor; para los semitas (a quienes, en primer lugar, se dirigió la Revelación) la verdad no es objeto que se conoce como conocemos una cosa, con inde-

El joven se «abre» al misterio de la Misa si existencialmente ha vivido relacionado con educadores que viven como verdaderos «salvados» y si esa vida la han manifestado en el conjunto de la educación. Ese ambiente, al mismo tiempo que es proyección consiguiente a la Misa, es introducción en la misma.

El joven se encontrará, de ese modo, espiritualmente preparado para entrar en la Liturgia.

c) La educación resulta así el *umbral de los sacramentos*. Es, por lo mismo, función indirectamente sacramental. Los educadores toman a los jóvenes y los colocan en la iglesia. No hablamos aquí, evidentemente, de actividad física, sino mística o espiritual.

Por esa razón, no sabe uno qué es más importante, en ciertos momentos, la escuela o el templo. Los dos, en efecto, dan a su modo el misterio de la Salvación. Ambos, a su vez, se llaman y exigen mutuamente²⁰.

A MODO DE CONCLUSIONES

1. No se puede ir a Misa sin más. Hay que preparar para la misa a todo el hombre, cuerpo y alma.

2. Para ello es necesario hacer de la Misa el *centro espiritual de la vida escolar*. Se consigue esto si todo converge en la Misa. Dicha convergencia tiene dos grados de aplicación: *conceptual* uno, y *existencial* el otro.

a) *Conceptual*, cuando se da catequesis global en que todos los misterios del Cristianismo, en lugar de exponerse compartimentados, se los presenta referidos a los temas nervicos o centrales del Cristianismo. Estos son, necesariamente, los misterios que en la Misa se celebran.

pendencia de quien la dice; y si se trata de la Verdad (increada), creer es apoyarse en esa roca misteriosa que llamamos el Dios vivo» (*Grands thèmes bibliques*, Editions du Feu Nouveau, Paris, 1958, p. 85).

²⁰ Después de citar varios textos patrísticos sobre el tema, continúa así el P. Y. Congar: «Merece la pena todavía otra serie de consideración y búsqueda: la de los textos medievales que dan a la palabra una especie de primacía práctica sobre el sacramento; por ejemplo, HUBERTO DE ROMANS..., Juan Eck (y ya San Bernardino de Siena) dicen que si en un país se dice la misa durante treinta años sin predicar, y en otro se predica durante treinta años sin decir la misa, el pueblo sería más cristiano en el país donde se habría predicado» (Yves M.-J. CONGAR, *Jalones para una teología del laicado*, Estela, Barcelona, 1961, p. 199, n. b. 188).

También si se hace referencia ideológica concreta a la Misa en todos los actos de la formación religiosa. Hay que convertir el tiempo litúrgico en la fuente o centro de donde derive tanto la enseñanza doctrinal como los comportamientos morales de nuestros fieles durante la semana cristiana.

Se ventila aquí un problema de programas. Más aún, de formación y estructuración mental del pensamiento de los educadores.

b) *Convergencia existencial*, en segundo lugar; es decir, preparación esmerada de los actos religiosos por parte, sobre todo, de los mismos educandos, de tal modo que la misa resulte un acto capaz de colmarles. ¡Cuán cierto es que muchos jóvenes educados en aulas cristianas tienen apenas experiencia personal de actos litúrgicos que hayan sido lo que debieron ser! ¿Cómo les exigimos que los aprecien? ²¹.

3. Finalmente, a toda esta iniciación o preparación previa ha de seguirse necesariamente la *Misa realizada con verdadera intensidad cristiana*. Habría que concebirla como una colmena: distribuir los diversos cargos o responsabilidades; que todos tomen parte, los profesores los primeros, los muchachos con ellos; ejecutando actos con perfección; simplificando, es decir, evitando en los actos religiosos el barroquismo que busca la fachada externa y no se da cuenta de que así lo esencial suele pasar inadvertido.

Ir a la *acción constante*, más que a la exhibición barroca de un día de fiesta. Atacar día tras día por todos los costados, como se ataca una plaza fuerte, los diversos aspectos o misterios que se revelan en la Misa. Contribuyen a ello la ejemplaridad, lecturas, homilía, comentarios, moniciones, plena participación externa e interna.

En una palabra, hay que emplear todos los medios de la pastoral y los recursos de la psicología y de la técnica para asegurar a nuestros fieles la captación plena del misterio litúrgico.

J. RODRÍGUEZ MEDINA, F.S.C.

²¹ Permítaseme aquí una cita un tanto humorística. En la página 48 del libro de DALMAIS, *Initiation à la liturgie*, Desclée de Br., se representa el rostro —rasgos forzados y tensos— de dos fieles oyendo misa. Al pie de página se lee el texto siguiente, cuya ironía hace reír tal vez, pero que en realidad debería hacernos llorar por la tragedia religiosa que encierra: «El más viejo, con rostro de labriego, estolico, cruza los brazos y arrastra su «mal» con resignación. El más joven, de procedencia urbana, parece totalmente aburrido. Después de varias generaciones de incompreensión total de la importancia capital «para ellos» de la celebración a la cual asisten pasivamente, ¿no constituye el mayor milagro el hecho de que aún asistan de cuando en cuando a misa?»